

La verdad, pensó Ángela, Luisa apenas escribía. Al dar un rápido vistazo a los correos llegados en la última hora, había visto uno de su hija. Rareza casi para coleccionistas por ser algo muy poco frecuente. Estaban a primeros de Marzo y el anterior había sido una tarjeta de Navidad impresa, de las que se mandan a conocidos y amigos. Ni siquiera le deseaba feliz entrada en el siglo XXI ni, más emocionante aún, en el Tercer Milenio.

Como había en la Escuela de Idiomas bastante trabajo, y en una hora más se iría a almorzar a su casa, decidió esperar y leerla allí, ya tranquila.

Era uno de esos días en que el viento de la sierra de Guadarrama se precipita inesperado contra los habitantes de Madrid, haciéndolos andar casi a ciegas por el polvo y tiritar debajo de las ropas elegidas mirando al cielo tan azul, engañoso. Hoy hasta se burlaba de ellos; de pronto hacía como si se perdiera. Malicioso, reaparecía al poco con remolinos que echaban a volar los periódicos en los puestos de la calle y levantaban las faldas de las señoras.

La casa de Ángela estaba apenas a quinientos metros de la Escuela. Cuando acabó su tarea, se colgó el bolso del hombro, cruzó bien su abrigo y cogió la cartera con las dos manos sujetándola junto al pecho. Tenía hambre; generalmente a las dos y diez estaba en su casa, enseguida almorzaba. Sólo los miércoles salía más tarde; era el día en que las amigas se reunían a merendar y ella no volvería a su trabajo hasta el siguiente.

Había fundado su “Centro San Luis de Idiomas” en momentos difíciles al encontrarse, por un accidente, sin marido y con una niña pequeña. Fue sacándolo adelante con mucho trabajo y dedicación; de que empezó hacía ya casi treinta años. Ahora podía tomar las cosas con más calma. Hoy iba a descansar un rato hasta el momento de recoger a Flora; desde su casa irían juntas al bar del hotel Velázquez, en realidad estaban a unos pasos. Allí habían quedado con las otras tres íntimas: Hilda, Paloma y Cristal.

Al abrir la puerta del piso acudía a recibirla Carmen, que llevaba trabajando en su casa desde que ella había empezado con la escuela.

–Ahora mismo le pongo la comida.

–Dame unos minutos para leer una carta de Luisa que me ha llegado hace un rato.

–¿Carta de la niña? ¿Qué pasará? Será algo bueno, si Dios quiere.

“La niña”, pensó. Tenía treinta y tres años y cuatro hijos. Muy de vez en cuando mandaba un correo electrónico y, acaso un par de veces al año, llamaba por teléfono. Ángela contestaba a los correos y con el tiempo había ido dejando de llamar; siempre que lo hacía parecía haber caído justo en el peor momento. “Tengo que bañar a los pequeños”, a las seis. “Estamos por sentarnos a la mesa”, a las siete. “Viendo nuestro programa favorito”, a las nueve; “perdona, estoy muy ocupada”, prácticamente a cualquier hora. Luisa por lo visto creía que el cariño entre madre e hija era algo establecido que nadie necesitaba alimentar. Lo malo, que de no decirse nada, uno acababa no teniendo nada que decirse.

Empezó a leer: “Querida mamá”. Enseguida la gran noticia. “Volvemos a Europa”. Sí, era buena noticia. Su yerno trabajaba en una compañía de petróleo, habían vivido en Texas, Alemania, Kuwait, otra vez los Estados Unidos. Ahora, al parecer, los mandaban a Inglaterra. “Buen sitio” –pensó Ángela.

Seguía Luisa: estaban en contacto con varias agencias y también habían visto docenas de casas en la Internet. Habían pensado alquilar pero los alquileres eran un robo. Entonces, iban a comprar. Ahora venía la gran idea de Luisa: “que vendas el piso y así reunimos dinero para comprar algo bueno. Hemos visto cosas bonitas con “*granny’s flat*”, apartamento, pequeño super mono. Hablé por teléfono con mi abuela y le pareció muy bien lo de vender dijo que en Madrid han subido mucho los pisos. En realidad pensamos que debías de vender también el Centro porque si vives aquí con nosotros no te puedes ocupar. (qué puntuación, Dios mío, y debes “de”; se le ha olvidado el español). Tuvo su momento, no voy a negarlo (menos mal, porque de eso has vivido, bastante bien por cierto). Bueno, espero que te parecerá bien mi idea si no lo haces tendremos que conformarnos con un piso malo en un barrio malo y a mí no me importa pero por los colegios de los chicos.” Seguía hablando de los niños y terminaba: “así que ya sabes, todo eso hay que hacerlo con mucha prisa. *Love from Luisa*”.

¿Love? Por favor. Ángela cerró el portatil, lo guardó en la cartera. Quedó quieta unos instantes, desconcertada. Lo volvió a sacar, releía la carta de principio a fin. La audacia de la propuesta... Cierto que el piso lo habían comprado los suegros un par de meses después de su boda. Ni siquiera sabía si le pertenecía a su hija o a ella; quizá se lo explicaron y lo había olvidado. Tendría que consultar a su abogado, Juan Rivera. ¡Luisa había hablado con su abuela antes que con su madre! Sabiendo que era ella quien había mantenido siempre a la familia.

Su marido nunca tuvo empleo fijo, iba de acá para allá. Encontraba trabajos pero duraban poco. Fue un chico encantador, atractivo, divertido, el más simpático del mundo y buena persona además; Ángela lo adoraba.

¿En qué estaba pensando Luisa? Sabía que su abuela no la podía ver, las pocas veces que se encontraron la miraba como si fuera... un sapo. Siempre daba a entender que "aquello" de su hijo era equivocación de la loca juventud y no duraría porque, sencillamente, no podía durar. Sacudió las ideas de su cabeza. "Todo esto es un error, no puede ser. No puede ser".

Carmen venía a decirle que estaba la comida. Se la quedaba mirando.

—La veo muy seria. No serán malas noticias de la niña.

—No, malas noticias, no. Los trasladan a Londres. Eso es bueno.

—¿Y entonces?

—La vida allí es muy cara y les falta dinero para comprar una casa.

—Claro, querrán una ayudita. Y a quién va a acudir más que a su madre.

Aunque más tarde acabaría contándole a Carmen los detalles, al pronto le dio vergüenza hablar de la idea de Luisa. Carmen de tonta no tenía nada. Todo era inconcebible, impensable. Le faltaban palabras.

—"*Preposterous*". —Le vino en inglés.

—¿Cómo dice?

—Es una palabra inglesa que... resulta complicado. Tengo que pensar.

–Si no viene voy a tener que recalentarle la comida.

Fue. Ya no sentía ganas de comer sino una mala combinación de hambre y náuseas. Masticó despacio sin saber bien lo que comía. Bebió agua para tragar, siguió con esfuerzo. Al final apartaba el plato.

–¿Qué decías, Carmen?

–Si le hago café.

No, muchas gracias. Se iba a tumbar un rato, estaba bastante cansada, de repente. Que por favor la llamara dentro de una hora.

–Vaya vaya, yo la despierto.

–Que sea de verdad, no como el otro día que no me despertaste porque estaba dormida.

–Ah, la veía muy profunda. Me dio lástima.

Pero, claro, si no estuviera dormida, ¿qué falta le iba a hacer que la despertara? Era una mujer excelente, la cuidaba todo lo que Ángela se dejaba cuidar y un poco más. Cuando, a la muerte de su marido, tuvo que trabajar casi de sol a sereno, necesitó ayuda doméstica por la niña. A punto estuvo de no contratar a Carmen por su tamaño. Altísima y grandona, no que fuera gorda pero con anchura, parecía ocupar más lugar del que correspondía a cada uno, agobiaba. De cara muy redonda y roja, con una nariz puntiaguda y arremangada, tenía aspecto de mujer batalladora. Pero se la habían recomendado mucho, no tenía otra a la vista y la contrató. Todos los días de su vida se alegraba por ello. Los primeros años iba externa, cuidaba de sus padres, ambos enfermos, hasta dormía en su misma habitación, en el suelo, en un colchón que retiraba cada mañana. Se portó con ellos como una santa y cuando murieron le dijo a Ángela que estarían más cómodas las dos si se iba a vivir a la casa. Ángela, que había temido quedarse sin ella, respiró hondo. Qué alivio. Pero:

–¿No prefieres vivir en tu casa, más independiente? Yo encantada de que te vengas pero no te deshagas del otro piso por si luego pensaras que estás mejor allí. –Lealmente dijo.

–¿El otro piso? Señora, el piso de mis padres ahora es de todos. ¿Cree que mis tres hermanos me lo iban a dejar?

Aún insistió. Hablaría con su abogado; él las asesoraría. Había vivido allí muchos años, tendría derechos... Carmen firme. Por ningún motivo pelearía con sus hermanos. Al final fueron juntas a elegir una cama, telas alegres para su dormitorio. Más adelante, cuando desarrolló una afición desmesurada por Internet, arreglaron otra habitación, como un pequeño despacho para su ordenador, donde se quedaba en diversos "Chat" hasta las altas horas. Así llevaba, contenta, cerca de treinta años.

Y ahora Luisa quería sacarla a ella de su casa. Si se marchaba, Carmen también perdería su estilo de vida; no estaba dispuesta a eso. Sólo iría donde pudiera llevársela.

Sí, le gustaría vivir cerca de ellos, disfrutar de los niños; casi no los conocía. "Pero que sólo me llamen cuando les hago falta es un golpe a mi sensibilidad. ¿O a mi orgullo? Quizá yo sea orgullosa".

Ángela era la menor de cinco hermanos, varones los cuatro mayores. Su padre era abogado en Cádiz, donde había nacido y vivía ejerciendo su profesión. Un hombre tranquilo, culto, con sentido común. Temiendo que por ser la pequeña y única niña se criara muy mimada, la mandó desde los diez años a Inglaterra, interna en un colegio de monjas hasta terminar sus estudios. Al principio le costó acostumbrarse, siempre había convivido con chicos, pero pronto se sintió a gusto allí, principalmente porque se hizo amiga íntima de otra española, Emilia Losada, también hija única, de Madrid. De vuelta en España estudió filología inglesa en la Universidad Complutense a la vez que Emilia hacía clásicas en la misma facultad. Eran inseparables, incluso tomaron un diminuto piso a medias cerca de la calle de la Princesa.

En cuarto de carrera conoció a Luis, un chico de Málaga que hacía tercero de derecho con alguna asignatura pendiente. Era muy popular, tenía amigos a montones. El típico que entraba en el bar de la facultad y lo llamaban desde todos los lados. Antes de terminar el curso se habían hecho novios. Cuando Ángela acabó el quinto año llevaba uno trabajando, daba clases en la Escuela Central de Idiomas, como ayudante, de inglés y francés que había aprendido a fondo en el colegio y mantenía a fuerza de leer. Además hacía traducciones y tuvo tiempo de aprender bastante alemán en la misma escuela. Cuando terminó los exámenes de licenciatura tomó también alumnos particulares. Con todo esto andaba atareada y feliz; le gustaba en-

señar. Al mismo tiempo Luis decidió: se casaban. Aunque a él le faltaba un curso entero y varias asignaturas más. Los padres se opusieron a la boda, los malagueños furiosamente, los de Cádiz con moderación y buenas razones. Fue inútil. Se querían casar y nadie iba a impedirselo.

Luis tomó el tren y fue a Málaga para hablar con su padre. "Verás como yo lo arreglo todo", dijo a Ángela riendo. Como si fuera una gran broma. Ángela no esperaba tal cosa, pero fue así, en efecto. Luis había prometido a su padre acabar la carrera, ponerse a trabajar; el padre cedió al parecer con disgusto, le consiguió trabajo en la empresa de unos amigos. La madre no cedió jamás, no quiso conocer a la novia ni a los futuros consuegros hasta que fue a la boda a Cádiz, con cara de que todos los que estaban allí olían mal o algo parecido. No hubo petición de mano ni viaje de novios; empezaba el curso y Ángela no podía faltar a ninguna clase. ¿De qué iban a vivir, si lo único sólido lo ganaba ella? Lo dejaron para "más adelante, cuando estemos mejor de dinero"; no lo hicieron nunca. Habían alquilado una habitación con un cuartito de aseo y mini cocina —un hornillo y un diminuto fregadero de zinc— en la calle de Hortaleza, parte modestísima de un modestísimo piso, sin ascensor. En la escalera reinaba el olor que extrañamente era típico del Madrid de aquellos años: olor a guiso de col. Eran realmente pobres. Pese a tanta estrechez, Ángela se sentía feliz, todos los días pensaba que parecía imposible su buena suerte. Y a finales de noviembre el padre de Luis que tenía dineros y aspiraciones a grandezas, les anunció que les había comprado un piso, en la calle Claudio Coello. Luis se rió mucho, arregló todos los papeles, le dio a firmar unos cuantos que ella firmó sin leer, dijo alegremente que el orgullo tenía su lado bueno. El orgullo de su padre, que no podía tolerar la vista de su único hijo viviendo tan pobremente, les había regalado el piso, una vivienda espléndida sobre todo para sus circunstancias. En aquellos días Ángela supo que estaba esperando un niño, le pidió a Luis que se lo dijera a sus padres, suponiendo una alegría para ellos. Se reía: "ya lo sabrán; tú no te preocupes".

Ángela no dormía. Detrás de sus párpados entornados, desfilaban imágenes de aquellos tiempos. Su boda, el cuartito de Hortaleza, casi perdido en el recuerdo, el día que entró en el piso nuevo, de la mano de Luis. Su asombro, su entusiasmo, revividos, al recorrer la casa vacía, los grandes balcones dando a la calle de Alcalá con el Parque del Retiro enfrente... una

casa que no se hubiera atrevido ni a soñar, el olor de pintura flotando en el aire como una bienvenida, el suelo de color miel, recién barnizado. En el dormitorio el regalo de sus padres, los buenos muebles franceses de la abuela Carlota, de estilo imperio, caobas pulidas y bronce intactos, la gran cama donde dormía con Luis... ahora estaban en un guardamuebles; no había soportado usarlos ella sola.

En julio del año siguiente nació Luisa, flaquita y endeble, costó trabajo y paciencia criarla. Pero al cumplir los dos años era ya una niña saludable, ganando personalidad, con su geniecito, sí. Era una lástima que su padre no la hubiera conocido mayor; iba a cumplir cuatro años cuando un conductor borracho lo arrolló al ir a entrar él en su coche, en la parte alta de la Castellana, acabando con su vida y de paso con la de Ángela. O así lo creyó ella al principio. Emilia, que estaba en Cambridge, al saber la noticia voló a Madrid de inmediato; hasta llegó antes que la familia de Cádiz que acudió en bloque. Los hermanos se volvieron al día siguiente del entierro, Emilia pasó ocho días en su casa y sus padres un mes entero dándole consuelo y apoyo. Su padre le buscó un abogado hijo de un viejo amigo: Juan Rivera. Joven serio, gruesas gafas, bondadoso y luchador, que consiguió un buen acuerdo con la compañía de seguros y el conductor culpable y otro con los abuelos malagueños porque al fin y al cabo Luis era su único hijo y Luisa su única nieta. Con todo esto, después de los meses que tardó en resolverse el asunto, bien orientada por Juan Rivera que había seguido siendo consejero y amigo, compró otro piso más grande unas manzanas más arriba y montó la escuela de idiomas. Técnicamente, ¿podría su hija reclamar este piso también? Con lo que había luchado, trabajando más horas de las que el día trae... No lo sabía.

La niña creció despreocupada sin echar de menos al padre de quien no conservaba recuerdo. No dio grandes quebraderos de cabeza, ni malas notas ni malos amigos. Tenía el genio vivo, le gustaba salirse con la suya; Ángela procuraba no contrariarla. No fue cariñosa, más bien despegada, quizá la forma sana de ser para una hija única sin padre.

Quién sabe por qué razón se empeñó en estudiar en los Estados Unidos. Tal vez por alguna compañera; era sabido que a aquellas edades hacían más caso a los amigos que a la familia. Logró matricularse en una Universidad en Massachussets,

seguramente mediocre; Ángela sin parpadear mandó dinero suficiente para matrículas y un apartamento. Más tarde, Luisa conoció a Juan, que terminaba ingeniería en M. I. T. y unos meses después vino el primer disgusto. La llamó –cobro revertido– para decir que tenía este novio y se casaban. Ángela, llena de angustia, quería saber detalles. Y se los daba de malagana.

Juan había nacido en un pueblo de La Coruña, el menor de ocho hermanos; cuando tenía tres años su padre se mató al caerse de un árbol (no pudo saber qué estaba haciendo en el árbol: cuando lo preguntó, Luisa se puso furiosa.) El hermano menor de su abuelo, tío-abuelo Manuel, había emigrado a los Estados Unidos, no tenía hijos. Su mujer y él eran ya mayores, propusieron hacerse cargo del pequeño. Incluso viajaron a Galicia para llevárselo; la madre no tenía dinero ni para darles de comer. El tío había empezado siendo camarero, se casó con Dora, de madre gallega y padre americano, acabó teniendo tres restaurantes. No criaron a Juan para seguir el negocio; el chico sería ingeniero porque era muy listo y ellos podían pagar buena preparación, buena universidad.

Parecía más una historia del siglo diez y nueve que de finales del veinte, pensaba Ángela, pero era cierta. Más adelante le llegó una carta de Manuel, mal redactada, mal escrita pero bien pensada y sensata. Antes había intentado discutir con Luisa. ¿Por qué de repente? ¿Cuándo, dónde? Pues en una iglesia católica dentro de cuatro semanas; necesitaba urgentemente los papeles, leyó una lista que Ángela fue escribiendo en los márgenes del periódico casi sin saber qué hacía. Toda discusión con Luisa era inútil; acabó pensando que algo parecido hizo ella misma y no se había arrepentido.

Rápidamente gestionó los documentos, reservó billetes para Boston donde iba a ser la boda. Llamó a Cádiz y dio la noticia. Sus padres protestaron, muy alarmados. Contó, lo que pudo.

–Todo esto me parece un disparate –dijo su padre.

–Lo sé, lo sé. A mí también, pero nada de lo que le digo sirve para nada así que me tengo que resignar. Quiero saber si vais a venir.

–No, no. Con estas prisas imposible. Tu madre no está buena.



¿Cómo? No le habían dicho nada. ¿Qué le pasaba a mamá? Estaba con unos cólicos, como cortes de digestión.

—¡Válgame Dios! ¿Habéis ido al médico?

El médico no le veía nada de particular, le había mandado unas pastillas. Si no mejoraba, irían a un especialista del estómago. De viajar, por el momento no había caso. Colgó, preocupada. Dispuso las cosas en la escuela, compró un vestido y un sombrero, sencillos, y esperó nerviosa la hora de marchar.

Unos días antes de su viaje llamaron de Cádiz: su madre estaba en el hospital con un infarto. No sabían más, nadie les daba explicaciones. Vinieron horas de congoja y de dudas. Cómo elegir entre la boda de su hija y la posible muerte de su madre. Llamó a Luisa, a ver si la retrasaba. Y no, de ningún modo. Todo estaba organizado, todo el mundo tenía sus billetes, los tíos de Juan, dos hermanos, sus propios abuelos desde Málaga. Ángela siguió indecisa; esperaría un poco más a ver cómo se desenvolvía la situación. Entonces la llamó el hermano mayor.

—Niña, no sé lo que te habrán dicho pero mamá no sale de ésta.

—He hablado con papá esta mañana, dice que no está peor. No sé qué hacer. Se casa Luisa dentro de quince días y...

—Tu hija es una egoísta mal criada y una idiota. Claro que la culpa la tienes tú, que la has mimado más de la cuenta.

—No digas eso por favor, no...

—Es natural que la defiendas pero yo no tengo paciencia. Si no quiere retrasar la boda, allá ella. Y tú, si quieres ver a mamá...

—Iré, si la ves tan mal. Retrasaré mi viaje a Boston.

—Como quieras. Mira, no hace más que decir "que venga Angelita".

Su madre murió, en efecto, ocho días después, de una operación de corazón, en el quirófano. Ángela se quedó en Cádiz acompañando a su padre abrumado y aún incrédulo.

A partir de la boda Luisa pareció haberse convertido en otra persona, quizá fuera lo natural. ¿Había cambiado ella misma al casarse? No lo sabía, tal vez sí. Ya no podría preguntárselo a su madre, una de tantas preguntas como debió haberle he-

cho mientras estaban a tiempo y quedarían sin contestar irremediablemente.

Luisa nunca había sido expresiva, ahora era como si le hubiese cerrado su puerta, no daba entrada. No volvió a Madrid cuando nació su hija, no le pidió a su madre que fuera. Ángela calló. Como cualquiera podía contar, la niña había nacido a los seis meses de la boda; al menos era una razón para que no quisieran retrasarla. Habían decidido, dijo Luisa, llamarla Neniña; ahí ella, sin querer, resultó poco discreta: eso, respondió, era una cursilería, aparte de que ellos vivían en un mundo sin eñe. Luisa se picó; la madre de Juan se llamaba Neniña.

—Luisa, creo que me dijiste otro nombre; además esa señora no ha salido nunca de Galicia, no es lo mismo.

—Se llama Herminia pero todos le dicen Neniña.

Al final consiguió que la bautizaran con un nombre normal, María Luisa, pero la llamaban Neniña y luchaba en todos los colegios por la dichosa eñe, lo más parecido a su nombre siendo un fenómeno meteorológico.

Año y medio después nació Juan y a los tres meses los mandaban a Alemania. Pasaron las Navidades en Madrid. Después Ángela se quedó con los dos niños y los padres fueron a buscar casa. Mientras ellos vivieron en Alemania, Ángela solía visitarlos todos los años, generalmente para el día de Acción de Gracias. Nunca Luisa y ella cortaron del todo, pero su relación no era cálida ni gratificante. En Kuwait sólo estuvieron dos años, no los visitó. Cuando volvieron a los Estados Unidos fue dos veces a verlos, una de ellas cuando nació José. Aquel año Luisa volvió con ella a Madrid y estuvo tres semanas en su casa, para descansar. La última vez fue después de nacer Manolito; hacía de esto cuatro años. No los había visto desde entonces.

Y ahora de repente, Luisa salía con esto: que se fuera a vivir con ellos. No sabía qué pensar, sentía un desasosiego. ¿Y si, incapaz de decírselo, la niña la estuviera necesitando? Se levantó de la cama antes de que Carmen llamara a la puerta, tomó una ducha, se vistió y anduvo sin hacer nada, incómoda, hasta el momento de ir a recoger a Flora.

Miró por la ventana; el tiempo seguía desapacible, de algún confín habían salido unas nubes blancas como ropa colga-

da en el tendedero del cielo. Quietas a veces, otras corriendo todas hacia un lado.

Carmen la observaba meneando la cabeza.

–Me parece que se ha disgustado con la carta de la niña.

–No creas. Sólo estoy dándole vueltas al asunto.

–Yo tengo dinero en la cartilla de ahorros, bastante dinero. Ya sabe que si le hiciera falta...

Ángela estaba pensando: “Luisa ni siquiera manda recuerdos para ella, que la cuidó desde los cuatro años hasta que se fue. No le tiene ningún agradecimiento, ni se ha preguntado qué haría si yo me fuera a Londres”. Dijo:

–No, por Dios. Muchísimas gracias pero no tienes que preocuparte. Saldremos de ésta como hemos salido de todo.

No pasaba día que no diera gracias a Dios por contar con Carmen.